

Las doce acababan de sonar. La puerta de la escuela se abrió y los chicos se lanzaron fuera, atropellándose por salir más pronto. Pero no se dispersaron rápidamente, como todos los días, para ir a comer a sus casas; se detuvieron a los pocos pasos, formaron grupos y se pusieron a cuchichear.

Todo porque aquella mañana había asistido por vez primera a clase Simón, el hijo de la Blancota.

Habían oído hablar en sus casas de la Blancota; aunque en público le ponían buena cara, a espaldas de ella hablaban las madres con una especie de compasión desdeñosa, de la que se habían contagiado los hijos sin saber por qué.

A Simón no lo conocían, porque no salía de su casa, y no los acompañaba en sus travesuras por las calles del pueblo o a orillas del río. No le tenían, pues, simpatía; por eso acogieron con cierto regocijo y una mezcla considerable de asombro, y se la fueron repitiendo, unos a otros, la frase que había dicho cierto muchachote, de catorce a quince años, que debía estar muy enterado, a juzgar por la malicia con que guiñaba el ojo:

-¿No lo saben?... Simón... no tiene papá.

Apareció a su vez en el umbral de la puerta de la escuela el hijo de la Blancota. Tendría siete u ocho años. Era paliducho, iba muy limpio, y tenía los modales tímidos, casi torpes.

Regresaba a casa de su madre, pero los grupos de sus camaradas lo fueron rodeando y acabaron por encerrarlo en un círculo, sin dejar de cuchichear, mirándolo con ojos maliciosos y crueles de chicos que preparan una barrabasada. Se detuvo, dándoles la cara, sorprendido y embarazado, sin acertar a comprender qué pretendían. Pero el muchacho que había llevado la noticia, orgulloso del éxito conseguido ya, le preguntó:

-Tú, dinos cómo te llamas.

Contestó el interpelado:

-Simón.

-¿Simón qué?

El niño repitió desconcertado:

-Simón.

El mozalbete le gritó:

-La gente suele llamarse Simón y algo más... Eso no es un nombre completo... Simón.

El niño, que estaba apunto de llorar, contestó por tercera vez:

-Me llamo Simón.

Los rapazuelos se echaron a reír, y el mozalbete alzó la voz con acento de triunfo:

-Ya ven que yo estaba en lo cierto y que no tiene padre.

Se hizo un profundo silencio. Aquel hecho extraordinario, imposible, monstruoso -un chico que no tiene papá-, había dejado estupefactos a los chicos. Lo miraban como a un fenómeno, a un ser fuera de lo corriente, y sentían crecer dentro de ellos el desprecio con que sus madres hablaban de la Blancota y que les resultaba inexplicable hasta entonces.

Simón, por su parte, se había apoyado en un árbol para no caer y permanecía sin moverse, como aterrado por un desastre irreparable. Hubiera querido explicarse, pero no encontraba nada que contestarles para desmentir aquella afirmación horrible de que no tenía papá. Por fin, pálido, les gritó, por contestar algo:

-Sí, lo tengo.

-Dinos dónde está -le preguntó el mayor.

Simón se calló; no lo sabía. Los niños reían, dominados por una gran excitación; eran campesinos, vivían en contacto con los animales, y los agujoneaba el mismo instinto cruel que empuja a las gallinas de un corral a acabar con la que sangra. Simón acertó a ver a un chico vecino suyo, hijo de una viuda, al que siempre había visto solo con su madre, lo mismo que él. Y le dijo:

-Y tú tampoco tienes papá.

-Sí que lo tengo -respondió el otro.

-Dinos dónde está -respondió Simón.

El pequeño replicó con magnífico orgullo:

-Se murió. Está en el cementerio.

Corrió entre aquellos tunantuelos un murmullo de aprobación, como si el hecho de tener el padre muerto y en el cementerio hubiese dado talla a su camarada para aplastar a este otro, que no lo tenía en ninguna parte. Y aquellos truhanes, cuyos padres eran, casi todos, malas personas, borrachos, ladrones y brutales con sus mujeres, apretaban más y más el cerco, atropellándose, como si, a fuer de legítimos, hubiesen querido ahogar con una presión común al que estaba fuera de la ley.

De pronto, uno que estaba al lado mismo de Simón, se mofó de él sacándole la lengua y le gritó:

-¡Que no tienes papá! ¡Que no tienes papá!

Simón lo agarró del pelo con las dos manos y le acribilló a puntapiés las pantorrillas, contestando el otro con un feroz mordisco en un carrillo. Se armó una batahola fenomenal. Separaron a los combatientes y llovieron los golpes sobre Simón, que rodó por el suelo, magullado, con la ropa en jirones, entre el círculo de pilluelos que aplaudían. Se levantó, y cuando se limpiaba maquinalmente su blusilla, sucia de tierra, le gritó uno de los chicos:

-Vete a contárselo a tu papá.

Simón fue presa de profundo descorazonamiento. Eran los más fuertes, le habían pegado, y nada tenía que contestarles, porque se daba buena cuenta de que no tenía papá. El orgullo le hizo luchar por espacio de algunos segundos con las lágrimas que lo agarrotaban. Le acometió un ahogo y rompió a llorar en silencio, con un acompañamiento de profundos sollozos que lo sacudían precipitadamente.

Estalló entre sus enemigos un regocijo feroz, y al igual que hacen los salvajes en sus júbilos terribles, se dieron espontáneamente las manos y se pusieron a bailar en círculo a su alrededor, repitiendo como estribillo: "¡Que no tiene papá! ¡Que no tiene papá!"

De improviso dejó Simón de sollozar. Lo sacó de quicio la ira. Había piedras a sus pies, las cogió y las tiró con todas sus fuerzas contra sus verdugos. Alcanzó a dos o tres, que huyeron llorando; cundió el pánico entre los demás, al ver su aspecto amenazador. Cobardes, como lo es siempre la muchedumbre frente a un hombre exasperado, huyeron a la desbandada.

El pequeño sin padre echó a correr hacia el campo, así que se quedó solo, porque lo asaltó un recuerdo que lo impulsó a tomar una gran resolución: ahogarse en el río.

Se había acordado de aquel pobre mendigo que ocho días antes se tiró al agua porque no tenía dinero. Allí estaba Simón cuando sacaron el cadáver; aquel desgraciado, que le había parecido siempre digno de compasión, sucio y feo, lo impresionó por el aspecto de tranquilidad que tenía con sus mejillas pálidas, su larga barba impregnada de agua y el mirar sereno de sus ojos abiertos. Alguien de los que estaban allí dijo:

-Está muerto.

Otros agregaron:

-Ahora al menos es feliz.

También Simón quería ahogarse, pues si aquel desdichado no tenía dinero, él no tenía padre.

Llegó hasta muy cerca del agua y se quedó viéndola correr. Jugeteaban rápidos algunos peces en la corriente limpia; de cuando en cuando daban un saltito y atrapaban alguna mosca que revoloteaba en la superficie del agua. Dejó de llorar y se quedó mirándolos, atraído con aquellas maniobras. Sin embargo, lo mismo que en las calmas momentáneas de una tempestad cruzan de improviso fuertes ráfagas de viento que hacen crujir los árboles a su paso y van a perderse en el horizonte, así también surgía de cuando en cuando en la cabeza del niño un pensamiento que le producía vivo dolor: "Voy a ahogarme, porque no tengo papá".

Hacía buen tiempo y mucho calor. La caricia del sol calentaba la hierba. El agua brillaba como un espejo. Simón pasaba por instantes de arrobamiento, de una languidez que suele seguir a las lágrimas, y entonces le entraban muchas ganas de echarse a dormir sobre la hierba, al calor del sol.

Una ranita verde saltó en el suelo junto a sus pies. Se inclinó a cogerla. Se le escapó. Insistió en perseguirla y ella lo esquivó tres veces seguidas. Logró al fin atraparla de la extremidad de sus patas posteriores, y se echó a reír viendo los esfuerzos que el animalito hacía para escapar. Se recogía sobre sus largas patas y las alargaba de pronto con un esfuerzo brusco, poniéndolas rígidas como el hierro; mientras tanto, hinchaba su ojo redondo encerrado en un círculo de oro y manoteaba con sus dos patitas delanteras. Le hizo recordar a un juguete de listas de madera clavadas en zigzag unas con otras, con soldaditos sujetos encima y que se movían como un desfile por un movimiento parecido al de la rana. Esto lo llevó a pensar en su casa y en su madre; lo acometió una gran tristeza y rompió de nuevo a llorar. Sentía escalofríos en sus brazos y piernas; se puso de rodillas y rezó sus oraciones como antes de acostarse. No pudo acabarlas, porque lo volvió a dominar un acceso de sollozos, tan acelerados, tan tumultuosos, que lo sacudían de arriba abajo. Ya no pensaba; ya no veía nada de cuanto lo rodeaba, entregado por completo a su llanto.

Una manaza se apoyó de improviso en su hombro, y una voz ronca le preguntó:

-Vamos a ver, hombrecito, ¿qué es lo que te aflige tanto?

Simón se volvió. Un trabajador fornido, de barba y cabellos negros muy rizados, lo contemplaba con cara bondadosa. Le contestó con los ojos y la voz cuajados de lágrimas:

-Me han pegado los otros chicos... porque yo..., yo... no tengo... papá, no tengo... papá.

-¿Cómo puede ser eso? Todos tenemos un papá -le contestó el otro, sonriente.

El niño repitió a duras penas, en medio de los espasmos de su dolor:

-Yo..., yo... no lo tengo.

El trabajador se puso serio; había caído en la cuenta de que aquél era el hijo de la Blancota, y aunque forastero, conocía vagamente su historia.

-Ea, pequeño, consuélate, y vamos a tu casa. Ya te buscaremos un papá.

Echaron a andar, el niño de la mano del hombre, y éste, sonriéndose de nuevo, porque no le disgustaba el ver a aquella Blancota, de la que se decía que era una de las muchachas más guapas de la región. Allá en el fondo de sus pensamientos, quizá se decía que quien había caído una vez tal vez caería otra.

Llegaron delante de una casita blanca, muy limpia.

-Aquí es -dijo el niño; y luego gritó:- ¡Mamá!

Apareció una mujer, y el trabajador ya no siguió sonriendo, porque comprendió de golpe que no estaba para que nadie jugase con ella la buena moza de pálida cara que se había quedado en la puerta con expresión severa, como para impedir el acceso de un hombre a la casa en que ya otro la había traicionado. Se quitó la gorra con cortedad y balbució:

-Mire, señora, le traigo a su pequeño, que andaba perdido por el río.

Pero Simón saltó al cuello de su madre y le dijo con un nuevo acceso de llanto:

-No es verdad, mamá. Yo he querido ahogarme en el río, porque los otros chicos me han pegado..., me han pegado... porque no tengo papá.

Las mejillas de la joven se cubrieron con un rubor que le quemaba, y besó, traspasada

de dolor, a su hijo, mientras corrían rápidas por su rostro las lágrimas. El hombre permaneció allí conmovido, no acertando a despedirse. Simón corrió de pronto hacia él y le dijo:

-¿Quiere usted ser mi papá?

Hubo un momento de profundo silencio. La Blancota, muda y torturada por el bochorno, con las dos manos sobre el corazón, se apoyaba en la pared. El niño, viendo que no había contestado a su pregunta, insistió:

-Si no quiere usted serlo, volveré para tirarme al río.

El trabajador lo echó a broma y contestó riendo:

-¡Claro que quiero! ¿Cómo no voy a querer?

-Dime cómo te llamas -suplicó entonces el niño- para que pueda contestarles cuando quieran saber tu nombre.

-Me llamo Felipe -contestó el trabajador.

Simón estuvo pensativo un momento, como grabando bien aquel nombre en su memoria, y luego le tendió los brazos, sin rastro de aflicción, diciéndole:

-Pues bien, Felipe: tú eres mi papá.

Felipe lo alzó en vilo, lo besó bruscamente en los dos carrillos y salió como huyendo, a grandes zancadas.

Risas malignas acogieron al chico cuando, al día siguiente, entró en la escuela. A la salida quiso el mozalbete volver a empezar; pero Simón le lanzó al rostro, como una pedrada, estas palabras:

-Se llama Felipe, para que lo sepas, mi papá. Estallaron a su alrededor alaridos de regocijo:

-¿Felipe qué...? ¿Felipe cómo?... ¿Qué significa eso de Felipe?... ¿Adónde has ido a sacarlo a ese Felipe?

Simón no contestó, pero su fe era inquebrantable, y los desafiaba con la mirada, dispuesto a dejarse martirizar antes que huir. El maestro lo sacó de aquel trance y el chico regresó a su casa.

Transcurrieron tres meses, durante los cuales el fornido obrero Felipe pasó con

frecuencia cerca de la casa de la Blancota. Algunas veces hasta se lanzó a dirigirle la palabra al verla cosiendo junto a la ventana. Ella le contestaba cortésmente, sin salir de su seriedad, ni reír con él, y jamás le dio entrada en casa. Sin embargo, un poco fatuo, como todos los hombres, llegó a imaginarse que cuando hablaban, se ruborizaba ella con más frecuencia y mayor intensidad que de costumbre.

Pero es tan difícil rehacer la buena reputación perdida y tan expuesta queda a todos los ataques, que a pesar de la reserva suspicaz de la Blancota, ya se hablaba de ello en el pueblo.

Simón estaba encantado con su nuevo papá, y se paseaba con él todas las tardes, una vez que salía del trabajo. No faltaba nunca a la escuela, y pasaba por entre sus camaradas muy digno, sin contestarles nunca.

Hasta que cierto día le dijo el mozalbete que había sido el primero en meterse con él:

-Nos has mentido, porque no es cierto que tengas un papá que se llama Felipe.

-¿Que no lo tengo? -contestó Simón, muy emocionado. El mozalbete se frotaba las manos, y siguió diciendo:

-No, porque si lo tuvieses sería el marido de tu mamá.

Simón se quedó desconcertado con la exactitud de aquel razonamiento. Pero, no obstante, replicó:

-Pues, con todo y eso, es mi papá.

El otro le dijo entonces con sorna:

-Puede que sí; pero sólo es un papá a medias.

El hijo de la Blancota bajó la cabeza y se alejó meditabundo en dirección a la herrería del tío Loizón, en la que trabajaba Felipe.

Se hallaba la herrería como sepultada debajo de los árboles. Su interior era lóbrego, sin más luz que el rojo resplandor de una hoguera formidable que se proyectaba con viveza sobre los brazos desnudos de cinco herreros que caían sobre los yunques con terrible estrépito. En pie, abrasándose como demonios, no apartaban la vista del hierro que sufría sus martirios, y su pensamiento se alzaba y caía pegado a sus martillos.

Simón penetró sin ser visto por nadie y tiró de la manga a su amigo. Éste se volvió. Los hombres interrumpieron de golpe la tarea y se quedaron mirando, muy atentos. Y en el

silencio, tan extraño en aquel sitio, resonó la vocecita débil de Simón:

-Oye, Felipe, el muchacho de la tía Medialumbre acaba de decirme que tú no eres mi papá más que a medias.

-¿Y en qué se funda? -preguntó el obrero.

El chico respondió con absoluta ingenuidad:

-Dice que no eres el marido de mamá.

A nadie se le ocurrió reírse. Descansando su frente sobre el reverso de sus manazas, que se apoyaban en la cabeza del astil del martillo, tieso encima del yunque, Felipe reflexionaba. Sus cuatro compañeros tenían clavadas en él sus miradas, y Simón, minúsculo entre aquellos gigantones, esperaba con ansiedad. Uno de los herreros, como respondiendo al pensamiento de todos, dijo de pronto a Felipe:

-Después de todo, la Blancota es una chica buena y cabal, seria y valerosa, a pesar de su desgracia. Ningún hombre honrado tendría por qué avergonzarse de ser su marido.

-Esa es la pura verdad -dijeron los otros tres. El primero siguió diciendo:

-¿Se le puede echar en cara a la chica su caída? Se comprometió a casarse con ella. Más de una conozco yo que hizo otro tanto y que hoy vive respetada por todos.

-Esa es la pura verdad -contestaron a coro los tres.

Y el otro prosiguió:

-Sólo Dios sabe las fatigas que ha pasado la pobre para sacar adelante a su chico sin ayuda alguna y lo que ha llorado desde que no sale de casa si no es para ir a la iglesia.

-Eso también es la pura verdad.

Durante unos momentos no se oyó más que el soplido del fuelle que avivaba la fragua. Felipe se inclinó bruscamente hacia Simón:

-Ve y dile a tu mamá que al anochecer iré a hablar con ella.

Cogió al chico por los hombros y lo empujó hacia afuera.

Reanudó su tarea, y los cinco martillos cayeron de golpe sobre los yunques. No dejaron de batir el hierro hasta la noche, sólidos, potentes, alegres, como martillos satisfechos. Pero al igual que la campana mayor destaca sobre las más chicas, cuando

repican en los días festivos, así el martillo de Felipe, sobresaliendo por encima del estrépito de los demás, caía acompasado, con un ruido ensordecedor. En pie entre el chisporroteo, rebrillándole los ojos, forjaba Felipe apasionadamente.

El cielo estaba cuajado de estrellas cuando llamó a la puerta de la Blancota. Vestía su chaqueta dominguera, camisa nueva y se había hecho arreglar la barba. La joven apareció en el umbral y le dijo con tono dolorido:

-Ha hecho usted mal, don Felipe, en venir tan tarde.

Fue a responder, salieron de su boca unos balbuceos y se quedó ante ella desconcertado.

La joven siguió diciendo:

-Ya se dará usted cuenta de que es preciso evitar que sigan hablando de mí.

Felipe soltó de golpe:

-¿Tiene eso importancia si usted consiente en ser mi mujer?

Nadie le contestó, pero creyó percibir en la oscuridad de la habitación un ruido, como un cuerpo que se desplomaba. Se precipitó dentro; Simón, que estaba acostado, creyó distinguir el chasquido de un beso y el susurro de unas frases que pronunciaba su madre. De pronto, se sintió levantado en vilo por las manos de su amigo, y éste, sosteniéndolo en alto con sus brazos estirados, le gritó:

-Les dices a tus camaradas que tu papá es Felipe Remy, el herrero, y que iré a tirarle de las orejas a cualquiera que te maltrate.

Al siguiente día, con la escuela de bote en bote, y a punto de empezar la clase, el pequeño Simón se irguió, muy pálido, con labios trémulos, y les dijo con voz muy clara:

-Mi papá es Felipe Remy, el herrero, y tengan por seguro que a cualquiera que me maltrate le tirará de las orejas.

En esta ocasión ya no se rió nadie, porque conocían muy bien a Felipe Remy, el herrero: un papá del que cualquiera hubiera estado orgulloso.